



# La Santa Sede

---

CEREMONIA DE BIENVENIDA EN EL PALACIO PRESIDENCIAL DE ATENAS

## ***DISCURSO DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II\****

*Viernes 4 de mayo de 2001*

*Señor presidente:*

1. Le agradezco las cordiales palabras de bienvenida que me acaba de dirigir. Me alegra mucho esta oportunidad de saludarlo y de saludar cordialmente, a través de usted, a los miembros del Gobierno y de las representaciones diplomáticas. Señor presidente, conservo un vivo recuerdo de su visita al Vaticano el pasado mes de enero y le agradezco su invitación a venir a Grecia. Asimismo, a través de usted, saludo cordialmente a todo el pueblo de su país, deseando reconocer de alguna manera la deuda que todos tenemos con respecto a Grecia. En efecto, nadie puede ignorar la influencia duradera que su historia única y su cultura han tenido sobre la civilización europea y también sobre la del mundo entero.

El año pasado los cristianos celebraron por doquier el bimilenario del nacimiento de Cristo. Yo tenía un deseo intenso de poner de relieve ese acontecimiento dirigiéndome como peregrino a los lugares vinculados a la historia de la salvación. Ese deseo se hizo realidad en mi peregrinación al monte Sinaí y a Tierra Santa. Ahora vengo como peregrino a Grecia, tras las huellas de san Pablo, cuya importante figura domina los dos milenios de la historia cristiana y cuyo recuerdo ha quedado grabado para siempre en la tierra de este país. Aquí, en Atenas, san Pablo fundó una de las primeras comunidades de su periplo en Occidente y de su misión en el continente europeo; aquí trabajó incansablemente para dar a conocer a Cristo; aquí sufrió por el anuncio del Evangelio; y no puedo menos de recordar que fue aquí, en la ciudad de Atenas, donde por primera vez se entabló el diálogo entre el mensaje cristiano y la cultura helénica, diálogo que ha modelado de modo duradero la civilización europea.

2. Mucho tiempo antes de la era cristiana, la influencia de Grecia estaba muy extendida. Incluso

en la literatura bíblica, los últimos libros del Antiguo Testamento, algunos de los cuales se escribieron en griego, están profundamente marcados por la cultura helénica. La traducción griega del Antiguo Testamento, conocida con el nombre de los Setenta, ejerció un gran influjo en la antigüedad. El mundo con el que Jesús entró en contacto estaba muy impregnado de cultura griega. Por lo que atañe a los textos del Nuevo Testamento, se divulgaron en griego, lo cual permitió que se difundieran más rápidamente. Sin embargo, no se trataba de una simple cuestión lingüística; los primeros cristianos recurrieron también a la cultura griega para transmitir el mensaje evangélico.

Ciertamente, los primeros encuentros entre los cristianos y la cultura griega fueron difíciles, como lo demuestra la acogida que dispensaron a san Pablo cuando fue a predicar al Areópago (cf. *Hch* 17, 16-34). Aun respondiendo a la espera profunda del pueblo ateniense que buscaba al Dios verdadero, no le resultó fácil anunciar a Cristo muerto y resucitado, en el que se encuentran el sentido pleno de la vida y el término de toda experiencia religiosa. Corresponderá a los primeros apologistas, como el mártir san Justino, mostrar que es posible un encuentro fecundo entre la razón y la fe.

3. Una vez superada la desconfianza inicial, los escritores cristianos comenzaron a considerar la cultura griega como aliada, más que como enemiga, y surgieron grandes centros del cristianismo helénico en la cuenca del Mediterráneo.

Hojeando las intensas páginas de san Agustín de Hipona y de Dionisio el Areopagita, vemos que la teología y la mística cristianas tomaron elementos del diálogo con la filosofía platónica. Autores como san Gregorio Nacianceno, que estaban impregnados de retórica griega, fueron capaces de crear una literatura cristiana digna de su pasado clásico. Progresivamente, el mundo helénico se hizo cristiano y la cristiandad, en cierto sentido, se hizo griega. Luego nacieron la cultura bizantina en Oriente y la cultura medieval en Occidente, ambas igualmente impregnadas de fe cristiana y de cultura griega. No puedo menos de mencionar aquí la labor de santo Tomás, que, relejendo la obra de Aristóteles, propuso una síntesis teológica y filosófica magistral.

La gran pintura de Rafael titulada *La escuela de Atenas*, que se encuentra en el palacio del Vaticano, muestra claramente la contribución que *la escuela de Atenas* dio al arte y a la cultura del Renacimiento, período en el que se llegó a una gran simbiosis entre la Atenas clásica y la cultura de la Roma cristiana.

4. El helenismo se caracteriza por una atención pedagógica hacia la juventud. Platón insistía en la necesidad de formar el espíritu de los jóvenes en el bien y en la honradez, así como en el respeto de los principios divinos. ¡Cuántos filósofos y autores griegos, comenzando por Sócrates, Esquilo y Sófocles, invitaron a sus contemporáneos a vivir "según las virtudes"! San Basilio y san Juan Crisóstomo alabaron el valor de la tradición pedagógica griega por su interés en desarrollar el sentido moral de los jóvenes, ayudándoles a elegir libremente el bien.

Las líneas fundamentales de esta larga tradición siguen siendo válidas para los hombres y los jóvenes de nuestro tiempo. Entre los elementos más seguros están los aspectos morales contenidos en el juramento de Hipócrates, que pone de relieve el principio del respeto incondicional a la vida humana en el seno materno.

Grecia es también el país en donde nacieron dos grandes tradiciones deportivas: los juegos olímpicos y el maratón. A través de estas competiciones se expresa una idea significativa de la persona humana, en armonía entre la dimensión espiritual y la corporal, mediante un esfuerzo moderado, impregnado de valores morales y civiles. No podemos por menos de alegrarnos al ver que se perpetúan estas competiciones, que siguen creando estrechos vínculos entre los pueblos de toda la tierra.

5. La inculturación del Evangelio en el mundo griego sigue siendo un ejemplo para toda inculturación. En las relaciones con la cultura griega, el anuncio del Evangelio debió realizar esfuerzos de discernimiento atento para acoger y valorar todos sus elementos positivos, rechazando al mismo tiempo los aspectos incompatibles con el mensaje cristiano. Aquí tenemos un desafío permanente para el anuncio evangélico en su encuentro con las culturas y con los procesos de globalización. Todo ello nos invita a un diálogo respetuoso y franco, y exige nuevas formas de solidaridad que el amor evangélico puede inspirar, haciendo realidad el ideal griego de la *cosmópolis*, con vistas a un mundo realmente unido, impregnado de justicia y fraternidad.

Estamos en un tiempo decisivo de la historia europea. Espero vivamente que la Europa que está naciendo prosiga de forma renovada y creativa esta larga tradición de encuentro entre la cultura griega y el cristianismo, demostrando que no se trata de vestigios de un mundo desaparecido, sino que allí se encuentran las verdaderas bases del auténtico progreso humano que anhela nuestro mundo.

En el frontispicio del templo de Delfos están grabadas las palabras: "Conócete a ti mismo". Por ello, invito a Europa a conocerse a sí misma cada vez más a fondo. Ese conocimiento de sí misma sólo lo logrará si investiga nuevamente las raíces de su identidad, raíces que se hundan profundamente en la herencia helénica clásica y en la herencia cristiana, que llevaron al nacimiento de un humanismo fundado en la percepción de que toda persona humana ha sido creada desde su origen a imagen y semejanza de Dios.

6. La geografía y la historia han situado a su país, señor presidente, entre el Oriente y el Occidente, lo cual significa que la vocación natural de Grecia consiste en construir puentes y promover una cultura del diálogo. Hoy eso es fundamental para el futuro de Europa. Numerosos muros se han derrumbado recientemente, pero otros siguen en pie. La tarea de la unificación entre la parte oriental y la occidental de Europa sigue siendo compleja; y queda aún mucho por hacer para llegar a la armonía entre los cristianos de Oriente y de Occidente, a fin de que la

Iglesia pueda respirar con sus dos pulmones. Todo creyente debe sentirse comprometido en la consecución de este objetivo. La Iglesia católica que está en Grecia desea participar lealmente en la promoción de esta noble causa, que tiene repercusiones positivas también en el campo social.

Desde este punto de vista, dan una contribución significativa las escuelas, donde se forman las nuevas generaciones. La escuela es por excelencia un lugar de integración de jóvenes de horizontes diferentes. La Iglesia católica, en armonía con las demás Iglesias y confesiones religiosas, desea colaborar con todos los ciudadanos en la educación de la juventud. Quiere proseguir su larga experiencia educativa en su país, sobre todo a través de la acción de los Hermanos Maristas y de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, de las religiosas Ursulinas y de las Hermanas de San José. Estas diferentes familias religiosas han demostrado que saben educar, con delicadeza y respetando las tradiciones culturales de los jóvenes que se les confían, a hombres y mujeres, para que sean verdaderos griegos entre los griegos.

Al final de nuestro encuentro, le agradezco de nuevo vivamente, señor presidente, su acogida y al mismo tiempo expreso mi gratitud a todos los que han permitido la realización de mi peregrinación tras las huellas de san Pablo. Pido a Dios que derrame cada vez más sus abundantes bendiciones sobre los habitantes de su país, para que, en el decurso del tercer milenio, Grecia siga ofreciendo nuevos y admirables dones al continente europeo y a la familia de las naciones.

---

*\*L'Osservatore Romano. Edición semanal en lengua española n.19 pp. 7, 10 (pp. 243, 246).*

© Copyright 2001 - Libreria Editrice Vaticana

---

© Copyright - Libreria Editrice Vaticana